

DaBAR



Ciclo A

13 de septiembre de 2020
24° Ordinario

n°50

Año XLVI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

“Setenta veces siete”

Sólo con escuchar estas tres palabras, sabemos que entramos en terreno difícil y peligroso, se trata del perdón, hay que pasarse la vida perdonando, a todos, todas las veces... sin pensar a esta persona sí, pero a la otra no. Siempre y sin discriminación y a todos.

Sí, el perdón es una estupenda posibilidad, ofrecida para imitar la misericordia sin límites del Padre, su capacidad de poner a cero las cuentas, de anular las deudas.

El perdón es la posibilidad de cambiar las reglas del juego, de ese estúpido ping-pong donde la pelota envenenada de la ofensa, de la violencia, se echa en dirección al adversario, con una fuerza acentuada por el odio, por la venganza, por el rencor, por el resentimiento.

¿Cuántas veces le tengo que perdonar? Sí, cuántas veces tengo que hacer resurgir a alguien, salir al sol, al aire libre, para saltar de alegría, para hacerte amigos, para inventar un juego nuevo, después del extenuante ping-pong que envejece a todos.

Perdonar no es de héroes, es simplemente ser un cristiano, alguien que ha aprendido el mínimo indispensable del abecé del evangelio. Poner la otra mejilla no es el gesto de un loco, sino que forma parte de la lógica elemental de los seguidores de Jesús de Nazaret.

Cuando rezamos y decimos: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, sin advertir del peligro que encierra esta petición a través de la cual autorizamos a Dios a que nos trate como tratamos nosotros a los demás.

No es normal ir a confesarse y quedar satisfechos porque hemos salido del paso con una pequeña penitencia, las cuentas no se cierran con tres padrenuestros, sino perdonando también nosotros, regalando absoluciones, yendo en paz a ofrecer la paz...

Cuántas veces pensamos: siempre son los otros los que faltan, los que nos hacen daño, los que tienen algo que hay que perdonar, sin ni siquiera pensar que las posturas pueden invertirse, que también yo puedo ofender, escandalizar o herir a alguien. Cuántas veces he pensado: “No me corresponde a mí dar el primer paso” y nos olvidamos de que el primer paso lo dio ya Dios al perdonarnos, la infinita compasión de Dios.

El perdón de Dios es algo muy grande, algo que no entra en nuestras medidas, su perdón no termina nunca, no se interrumpe, nunca se acaba.

En el mundo en el que vivimos hoy en día, tan dolorido por tantas ofensas, conviene no pasar de puntillas por este texto evangélico y entrar en él de corazón, es un gran servicio a la esperanza de paz en este mundo.

Susi Cruz
susi@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

La verdad es que este domingo irrumpe inesperadamente como fuente de la primera lectura el libro del Eclesiástico. No es frecuente. Pero es pertinente. El tema del perdón como regla de comportamiento con los demás basada en el proceder de Dios con su pueblo permite compararlo con el evangelio del día de forma patente. En favor del evangelio, la fuerza de las parábolas que son imágenes hirientes de lo contrario: la vileza del que es incapaz de perdonar habiéndolo sido él mismo perdonado con antelación.

Pero en favor del Ben Sirá está la claridad con que sienta doctrina 'segura'. Le va muy bien a quien es el escritor por antonomasia de la doctrina tradicional: con quien bien obra, bien obraran los demás, con quien actúa de forma ruin ¿qué puede sucederle sino ruindad? YY lo hace habitualmente basado en la historia que conoce al dedillo en la que descubre la permanente bondad y fidelidad de Dios a su alianza, por lo que quienes ahora son fieles a la Alianza y al buen obrar de los antepasados que para él son referencia constante, ha de sucederle de forma semejante.

Ya se ve claramente en la Primera Alianza que el Señor es el modelo para sus seguidores. La ley no brota de ninguna voluntariedad arbitraria, ni es fruto para el pueblo de Israel de la inventiva de Dios, sino reflejo del mismo proceder de Yahvé de amor para con su pueblo. La historia que se cuenta es el desbordamiento de la bondad, generosidad, y compasión de un Dios que ha elegido a su pueblo para ser espejo de su bondad no por su importancia, ni relieve, sin por la condición de 'elegido' entre las naciones.

Si bien el pasado domingo nos decía el profeta Ezequiel que Dios condiciona el perdón al arrepentimiento demostrado en estar vigilante para que el pecador se convierta y no muera, hoy nos dice que de nuestra conducta depende también nuestra salvación: si perdonamos como el Señor perdona, como el Señor nos enseña mil veces en sus mandamientos, en el perdón que nos otorga como ejemplo a seguir, o en reconocer que el Señor nos perdona cuando se lo pedimos, No es admisible que no apliquemos la misma medida con la que a nosotros nos juzga el Señor.



Pero para comprender esa medida es preciso antes conocer bien la villanía de nuestro corazón. Mirarnos constantemente en el espejo de la Palabra de Dios, porque es frecuente que no perdonemos ya que no nos enteramos de haber ofendido a nadie. La soberbia, la autosuficiencia o la envidia y deseo, obceca nuestra visión, como a Adán y Eva: "Me dio a comer y comí; me engañó..."

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es

Segunda Lectura

El texto que hoy leemos y que en muchas ocasiones relacionamos con las exequias, tiene otro significado distinto aquí. En una tensión entre débiles y fuertes en la comunidad, hay que apoyar a los más débiles, sabiendo que lo único importante es el Señor.

Pablo, en sus cartas, ya ha mencionado a dos tipos de cristianos: los "débiles" y los "fuertes". Podríamos traducirlo por los cristianos que tienen formación y conocimiento de la fe y los que todavía no están bien formados en la fe. Los "fuertes" pretendían que el cristianismo tenía que romper todas las ataduras con el pasado y los "débiles" sostenían que el cristianismo debería guardar todavía ciertas tradiciones. En Roma estos dos comportamientos podrían haber generado enfrentamientos.

Concretamente en el texto (14,1-11) se nombran dos aspectos en el enfrentamiento dentro de la comunidad: las comidas y la celebración de ciertos días. Los "fuertes" tenían un punto de vista más liberal (quizá fueran los cristianos venidos del paganismo) y no tenían problema en comer de todo, incluso carnes sacrificadas a los ídolos (problema ya tratado por Pablo), con lo cual chocaban contra los cristianos "débiles" (seguramente los procedentes del judaísmo), que guardaban todavía sus costumbres judías respecto a la alimentación. Estos, en los banquetes comunitarios, se limitaban a comer verduras para no contaminarse con la carne, pues podía proceder de lugares impuros.

Pablo tiene que dirigirse a los "fuertes", sin discutir la libertad cristiana, pero para advertirles que no sean orgullosos con su comportamiento. Pero advierte también a los "débiles" que no condenen a los otros. Juzgar solo es cosa de Dios. Incluso junto con el problema de la comida también se menciona la observación de determinados días (quizá el sábado y los días de ayuno), aunque en esto también podían estar incluidos paganos que tenían sus propios calendarios. Pablo quiere que haya tolerancia y armonía en la comunidad.

Y es desde este contexto como entendemos el texto de hoy (14,7-9). No vivimos ni morimos para nosotros mismos, sino para el Señor y él murió y resucitó para ser Señor de vivos y muertos. Si todos servimos a un mismo Señor ¿por qué vamos a estar enfrentados entre nosotros? Todo lo que sucede, sucede para el Señor, por lo que lo importante es que cada uno dé gracias al Señor con su propia conducta. Si cada uno mantiene orientada su existencia hacia el Señor, irá en el buen sentido y se podrá mantener la unidad de la comunidad y de la Iglesia. En definitiva, la muerte y resurrección de Cristo alcanzará su objetivo si en la comunidad se le considera Señor por todos.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Seguimos en el mismo contexto discursivo que la semana pasada. La intervención de Jesús en este tema viene provocada por la cuestión planteada por Pedro ya que los vv. 15-20 han supuesto un nuevo pensamiento introducido en el discurso. Dos perícopas componen el texto de hoy: la primera, el espíritu de conciliación, y, la segunda, la parábola del deudor despiadado.

Texto

En la respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro, no existe diferencia, la cantidad por la que pregunta Pedro es la misma con la que Jesús responde, ambas equivalen a muchas veces, innumerables veces. El tema de la reconciliación lo ilustra Jesús con la parábola siguiente que conforma una perícopa propia, aunque la idea central no sea exactamente la misma, ya que no se trata de las veces que haya que perdonar, sino de la necesidad de perdonar. Con lo que el nexos ilativo no puede considerarse originario en el hecho histórico, sino una mera fórmula de transición.

Los vv. 23-35 conforman la parábola del deudor despiadado. Mateo comienza la parábola contraponiendo la realidad de Dios con la humana para ejemplificar. Los servidores del rey son altos funcionarios, y uno de ellos debe una cantidad desorbitada a su señor para simbolizar la infinita deuda del hombre frente a Dios, una deuda de 342.720 Kg de oro o de plata, más de 10 millones de euros. La norma que se le aplicaría por no responder de la deuda, su esclavitud y la de su familia, supone la aplicación del derecho helenístico, puesto que Ex 22, 2 reconoce solo la esclavización del deudor, no la de la familia. El señor demuestra su magnanimidad condonando la deuda.

En contraposición la cantidad que le deben a ese siervo es seiscientos mil veces inferior. Y, él no cede en su derecho, demostrando su poca talla moral, y hace llevar a prisión a su deudor, mientras acaba de escapar de una pena mucho mayor.

Resulta justa la reacción del resto de siervos y del señor ante la dureza de su acción, por eso el señor decide dejar caer sobre él todo el peso de la justicia. El tormento corporal es, en derecho romano, adaptado en la Palestina de Herodes el Grande para forzar al deudor a pagar su deuda. Parece que el siervo se va a pegar toda la vida en prisión ante la magnitud de la deuda.

Mateo acaba la parábola presentando la conclusión lógica en la dinámica del reino y recoge, en este caso, la misma conclusión que en la oración del padre nuestro (Mt 6,15), destacando el perdón que al que el mandato del amor obliga ante la ofensa del hermano. El discípulo ha de estar dispuesto al perdón puesto que él mismo es constantemente perdonado por su señor, Dios, y por ofensas mucho mayores. Además, resalta la idea de que Dios está siempre dispuesto a perdonar, pero la hace depender de que nosotros también seamos compasivos y misericordiosos con el hermano en Cristo, especialmente en el ámbito de la comunidad, puesto que el texto pone fin al discurso sobre las reglas de la comunidad.

Pretexto

El seguidor de Jesús debe ser misericordioso porque Dios es misericordioso. Todo el Nuevo Testamento, toda nuestra fe, toda nuestra ética se fundamenta en esta verdad. Dios nos perdona por puro amor, sin pedir nada a cambio y como seguidores de Jesús debemos transmitir eso mismo a quienes nos rodean. Como se nos ha perdonado tanto en nuestras vidas a todos, también se nos puede exigir que tengamos esa misma actitud, aunque no tengamos tanto que perdonar (cfr. Lc 12, 48). Cualquier ofensa que nos hicieran no es nada en comparación con las que Dios está recibiendo a todas horas, con las que sabemos que ha perdonado, perdona y perdonará en la historia de la Humanidad. El día del Juicio, te examinarán en el amor dice San Juan de la Cruz, en "Dichos de luz y amor", 59, manifestado en perdón.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

Quien ante sí mismo, los demás o incluso la vida no sepa encajar adecuadamente limitación e imperfección, bien porque sus expectativas son demasiado altas, bien porque ya ha desertado de vivir más allá del simple transcurrir, seguramente verá el presente pasaje y su insistente llamado al perdón como una pretensión idealista, por tanto, imposible.

Sin embargo, nada más alejado de ello, nada más encarnado en la experiencia que, precisamente por reconocer y asumir lúcidamente que lo humano no va de potencialidad y perfección, necesita de esta actitud -el perdón- que nos permite ir una y otra vez hacia horizontes de posibilidad nuevos, renovados.

Perdonar nos devuelve a la confianza y el confiar a la seguridad que en nuestra intrínseca vulnerabilidad necesitamos como el comer y el respirar. Somos individual y colectivamente pura fragilidad y libertad, es decir, condición de posibilidad para el fracaso y para las malas elecciones que constituyen el mal moral, el mal humano. ¿Cómo entonces no perdonar, pedir perdón o auto-perdonarnos?

Lo necesitamos para nuestra supervivencia, para empezar una y otra vez a caminar, con nosotros mismos, con los otros, con la misma vida. Ante la realidad humana de la fragilidad que daña y duele y del mal que ofende, anula y hasta mata, he aquí el mecanismo quizá más sublime que nos hemos dado para seguir adelante: el perdón. Pero claro, el propio y necesario mecanismo choca una y otra vez con aquello que lo origina, pero a la vez pretende combatir.

Callejón sin salida del caminar humano. De ahí quizá la perplejidad de que solo Dios pueda llevar la intención amorosa de superar el mal a fuerza de bien, a sus máximas consecuencias ¿Cómo? Pues haciéndose Él mismo perdón. Algo que o bien puede producir consuelo e intentos esforzados -más o menos fructuosos- por seguir rompiendo con la espiral del mal, o, por el contrario, como en el caso del empleado miserable de la parábola: cerrazón al bien, in-compasión, in-humanidad.

Ahora habla Dios

Ya no...

Ya no crees en mí, hijo,
por culpa de mis fallos...

Ya no crees en mí, hombre,
por culpa de tus hermanos
que me salieron mal

-a veces pasa-

¿Qué te habré hecho yo
sin darme cuenta, hijo,

qué tan mal te sentó que no me perdonas?...

Sergio López
sergio@dabar.es

«Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano»
(Mt 18, 35)



Para reflexionar

Permanentemente, estamos repitiendo en la oración dominical (el "padrenuestro"): "perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden", una de las siete peticiones que contiene la oración que Jesús nos enseñó. Pero, pareciera que no nos enteramos, que ese "como nosotros perdonamos..." implica una relación causal, esto es que pedimos que se nos perdone porque nosotros perdonamos, como deja patente la analogía con el versículo que proponemos para reflexionar hoy, que aquí se ha convertido en condicional dejando clara la interpretación.

Esto supone en nosotros la necesidad de perdonar para poder disfrutar del perdón. Nuestro ser cristiano tiene dos dimensiones: una vertical que recoge nuestra relación con Dios y una horizontal en la que debemos estar atentos a la relación con los hermanos. Y, la idea de hoy recoge ambas.

Pero no solo las recoge, sino que las relaciona. De tal forma que para que se pueda mantener una correcta relación con Dios es necesario que nuestras relaciones con los hermanos también sean correctas. Nuestra relación con Dios pasa por nuestra relación con los hermanos. Por eso, debemos pedir perdón antes de poder sabernos perdonados. Por eso, debemos pedir perdón al Padre por todo aquello en lo que hayamos podido ofender al hermano antes de presentar nuestra ofrenda en el altar.

¿Soy capaz de perdonar? ¿Cómo perdono?
¿Mantengo el rencor? Desde mi ser cristiano
¿Es aceptable la expresión: "yo perdono, pero no olvido"?

Para la oración

Padre de bondad, que siempre quieres lo mejor para todos nosotros y que nos perdonas sin medida., permítenos acoger tu Palabra para que nos transforme a imagen tuya y sepamos perdonar para que podamos ser perdonados. PJNS.



Acoge, Padre bondadoso, los dones que hemos recibido de Ti y transfórmalos para que se conviertan en nosotros en el alimento que nos fortalezca para poder construir tu reino desde el perdón y el amor. PJNS.



Te damos gracias, Padre amoroso, por cada cosa que has hecho por nosotros. Especialmente por habernos enviado a tu Hijo, Jesús. En Él nos has manifestado todo tu amor y reconciliar contigo al mundo entero. Él nos enseñó en la oración del "Padre nuestro" a perdonar como Tú nos perdonas. Con Él nos enviaste el Espíritu Santo para la remisión de los pecados. Él fundó la Iglesia para transmitirnos ese perdón y vivir en plenitud nuestra fe y más felices, para erradicar de nuestros corazones el furor y la cólera. Por eso, con todos los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Gracias, Padre bueno, porque nos has alimentados con estos sacramentos, libranos de nuestras envidias, concédenos vivir solo desde Ti y perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. PJNS.



Cantos

Entrada. Cristo nos une (Erdozain en "15 Cantos para la Cena del Señor" de); A la fiesta del Señor (Elezcano en "A la fiesta del Señor"); Dios está aquí (J. Gacías en "15 Canciones famosas para las celebraciones"); Queremos construir una ciudad en paz (1CLN-732).

Acto penitencial. 1CLN-B 3; Señor ten piedad (Erdozain en "Dios es amor").

Salmo. Gustad y ved (1CLN-518).

Aleluya. 2CLN-E 4.

Ofertorio. Cristo fue sincero (1CLN-275); Si vivimos, vivimos para Dios (Erdozain en "Cristo vive"); Bendito seas, Señor (2CLN-H 5).

Santo. 1CLN-I 4.

Comunión. Cerca está el Señor (Erdozain "Cerca está el Señor"); Un mandamiento nuevo (Alcalde); Danos un corazón grande (1CLN-718).

Final. Hoy vengo a decirte gracias (Josico en "Gracias por todo, Señor").

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos a esta celebración en la que, una vez más, Jesús nos invita a cambiar nuestra forma de vida. Toda la vida. La eucaristía de hoy busca remover nuestros cimientos, que nos planteemos desde dónde vivimos. En este sentido, las tres lecturas de este vigésimo cuarto domingo ordinario coinciden. La literatura sapiencial nos planteará una cuestión lógica; en el fondo, que nadie puede dar lo que no tiene. Pablo recuerda que toda nuestra existencia debe estar centrada en el Señor. Y, el evangelio las fusiona. Todo esto en el marco de la mesa en torno a la que nos reunimos para compartir fe y vida, para que aprendamos a perdonar y ser perdonados, de forma que nuestras vidas sean para construir el reino de Dios.

Saludo

Dios Padre que nos perdona, el Hijo que nos enseña a perdonar y el Espíritu que nos transmite el perdón y nos inspira a perdonar estén con todos vosotros.

Acto Penitencial

Al acercarnos a la mesa de la Palabra y el Pan no podemos albergar el rencor en nuestro corazón, por eso reconocemos ante el Padre nuestra condición humana y nuestros fallos:

-Tú, que nos transmites la misericordia del Padre. Señor, ten piedad.

-Tú, que has lavado nuestro pecado con tu sangre. Cristo, ten piedad.

-Tú, que has perdonado sin medida. Señor, ten piedad.

El Señor de nuestras vidas tiene misericordia de todos, perdona sin límite si nuestro arrepentimiento es sincero, por eso le pedimos que perdone nuestros pecados y nos acoja en su regazo. PJNS.

Monición a la Primera Lectura

El libro del Eclesiástico presenta la tradición religiosa hebrea del s. II a.C. a una juventud atraída por la filosofía griega. Su autor, Ben Sirá, plantea hoy la necesidad de no mantener rencor en nuestro corazón cuando pedimos que se nos perdone. No podemos pedir si no damos para entrar en la dinámica de Dios.

Salmo Responsorial (Sal102)

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.

El Señor es compasivo y misericordioso...

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura.

El Señor es compasivo y misericordioso...

No está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas.

El Señor es compasivo y misericordioso...

Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos.

El Señor es compasivo y misericordioso...

Monición a la Segunda Lectura

Para Pablo la vida no tiene ningún sentido si no es vivida desde el Señor. Por eso, cuando escribe, una de sus cartas más tranquilas, a la comunidad de Roma, en la que expone la doctrina cristiana, plantea que nadie se crea a sí mismo, que nadie puede vivir aislado y que nadie transmitirá más que lo que tiene y es.

Monición a la Lectura Evangélica

Mateo nos presenta dos ideas en boca de Jesús: la necesidad de perdonar siempre y que, para demandar el perdón, tenemos que perdonar. Esta última con el recurso plástico de las parábolas. En cierto sentido, se demanda una coherencia de vida, se nos pide que sigamos la regla de oro de la moral: "trata a los demás como quieras que te traten a ti", en ello se fundamenta el sentido de nuestras vidas en el Señor.

Oración de los fieles

Con la confianza en la misericordia de Dios, respondamos a su Palabra con nuestra oración de súplica para que nos conceda todo lo que necesitamos para poder vivir según los principios de su reino. Respondemos: "Escucha, Padre, nuestra oración".

-Por la Iglesia, para que sea capaz de transmitir el perdón de Dios y de ejemplo de él a todo el mundo. Oremos.

-Por quienes tienen un ministerio encomendado en las comunidades, para que sean testimonio del perdón incondicional y sin medida de Cristo. Oremos.

-Por nuestros gobernantes, para que sean capaces de trabajar en la protección de todos los miembros de la sociedad defendiendo sus derechos individuales y sociales. Oremos.

-Por quienes están sufriendo las consecuencias de las crisis, para que podamos socorrerles como nos enseña el Señor. Oremos.

-Por los enfermos, para que recuperen la salud. Oremos.

-Por los estudiantes, que acaban de comenzar un nuevo curso, para que tengan siempre presente la cultura del esfuerzo y tengan en sus relaciones presente el perdón. Oremos.

-Por todos nosotros, para que, siguiendo las enseñanzas del Maestro, perdonemos para poder demandar el perdón. Oremos.

-Por nuestra comunidad (parroquial) para que al participar en esta mesa de comunión fortalezcamos nuestra fe y demos ejemplo con nuestras vidas del amor de Dios. Oremos.

Escucha, Padre nuestro, esta oración para que podamos vivir según tu voluntad. Concédenos lo que más nos convenga y todo aquello que ha quedado en nuestros corazones siempre que sea para nuestro bien. PJNS.

Despedida

Para poder vivir el perdón, necesitamos la humildad de reconocer nuestros errores, siempre y sin excusas. Seamos transmisores del perdón de Dios a toda la sociedad y trabajemos en la construcción de su reino. El Señor nos envía a ello, no le defraudemos.



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

24º Ordinario, 13 de septiembre 2020, Año XLVI, Ciclo A

ECLESIAÍSTICO 27, 33 -28, 9

Furor y cólera son odiosos; el pecador los posee. Del vengativo se vengará el Señor y llevará estrecha cuenta de sus culpas. Perdona la ofensa a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas. ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante, ¿y pide perdón de sus pecados? Si él, que es carne, conserva la ira, ¿quién exiará por sus pecados? Piensa en tu fin, y cesa en tu enojo; en la muerte y corrupción, y guarda los mandamientos. Recuerda los mandamientos, y no te enojas con tu prójimo; la alianza del Señor, y perdona el error.

ROMANOS 14, 7-9

Hermanos: Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos.

MATEO 18, 21-35

En aquel tiempo, se adelantó y preguntó Pedro a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?» Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero, él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdóné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

